

arrastrar los católicos á sus errores. Los doctores recorrían luego los diferentes artículos del dogma y de la disciplina antigua, que los mediadores del partido proponían mas ó menos claramente se debilitasen; despues de lo cual se hizo una especie de formulario que debia enviarse á Melancton y á sus partidarios, á fin de juzgar si su proyecto de reunion era sincero. Se les preguntaba, por esta especie de preliminar, si querían reconocer que la Iglesia militante, establecida por derecho divino, no puede errar ni en la fé ni en las costumbres; que San Pedro ha sido el Gefe de esta Iglesia bajo de Jesucristo, y que lo es todavía el Papa su sucesor; que todos los cristianos están obligados á obedecer á la misma Iglesia y atenerse como hijos dóciles y fieles súbditos á lo que ella enseñe ó decida.

Un paso tan conforme al verdadero catolicismo y que el religioso monarca reconoció como tal, echó por tierra las esperanzas y todas las maniobras de la secta. Desde entonces no se volvió á pensar mas en llamar á Melancton á Francia (1). Es verdad que el elector de Sajonia se opuso también á este viaje; pero el mismo Lutero no dejó de desearle, y Melancton hacia tan poco caso de la voluntad de su soberano, que habia proyectado adelantarse con otros pretestos hasta Francfort para aprovechar la primera ocasion de pasar á Francia. La causa, pues, de su mudanza, fué el haberse mudado las disposiciones de Francisco I; pero la afrenta que sufría permaneció á lo menos bastante oculta para dejarle, como á otros muchos supuestos amigos de los principes de quienes solo son corruptores, la gloria entera de una invitacion que habia sido retractada. Indignado, sin embargo, el monarca de las intrigas y audacia de los sectarios, los hizo perseguir por los magistrados. Seis de

(1) D'Argentré, t. 2, p. 121.

ellos, autores de las blasfemias fijadas contra el Santísimo Sacramento, fueron desde luego condenados á perecer en las llamas; y para inspirar mas terror, se imaginó un modo particular de atormentarlos. Ataban al delincuente sobre la hoguera en una silla colgada que subía y bajaba muchas veces, hasta que el reo sofocado y medio quemado espiraba, y entonces le dejaban caer en las brasas para que se consumiese (1). Diez y ocho personas, cómplices de los seis primeros, sufrieron el mismo suplicio. Es de notar que todos eran franceses; tanto importa á los gefes de las naciones mas sanas cerrar la primera entrada al contagio extranjero.

Habiendo fallado el lazo tendido al caudor de Francisco I, como acabamos de ver, probaron á hacerle caer en otro, tanto mas peligroso, cuanto no provenia ya de una tierra extranjera y sospechosa, sino antes bien tenia, por decirlo así, todo el aire francés. Hasta entonces todos los corruptores de la Religion habian pasado en Francia por secuaces del heresiarca alemán, y no se habia advertido que francés alguno hubiese dogmatizado como caudillo. Es verdad que Calvino habia dado algun escándalo en Paris y que obligado á dejar esta capital sedujo algunas personas en las provincias; pero estas obras de tinieblas no le daban precedencia alguna sobre los sectarios comunes, entre los cuales permanecía siempre en la clase de subalterno. Quiso, en fin, hacer papel de heresiarca en una nacion que se gloriaba de no haber engendrado todavía semejantes monstruos; pero ni aun esta fama ignominiosa adquirió, sino avivando los conceptos toscos, las historietas calumniosas, las bufonadas insultantes, todas las rapsodias de los alemanes, y mas todavía las blasfemias de los sacramentarios helvéticos. Así veremos en adelante

(1) Mem. du Bell. l. 4, p. 283.

al francés, admirador precipitado de las producciones extranjeras, acreditar y naturalizar en Francia los errores de la Bélgica. Calvino tomó en fin el carácter de heresiarca con la publicacion de su *Institucion cristiana*. Esta obra, vomitada en el Angumois, fué impresa por primera vez en Basilea (1535), casi informe todavía, ó á lo menos muy distante del estado en que se halla en el día. Sin embargo, fué dedicada entonces á Francisco I, en lengua francesa, segun habia sido compuesta. El autor la puso inmediatamente en latin, con una elegancia y pureza de diction digna de la antigua Roma. Hiciéronse despues innumerables ediciones con todo el cuidado y primores de costumbre en la bibliografía de los revoltosos.

El prólogo, que se dirige al rey, es citado como una obra maestra. No merece menos ese título por su artificio que por su elocuencia. Como en Francia se continuaban usando los medios de rigor contra los herejes, desplegó para combatirlos el nuevo gefe todos los resortes de la oratoria; y de aquí se dejó caer sobre el gobierno de la Iglesia romana, esmerándose aun mas en hacerle odioso. ¿Mas sería creíble, si este monumento no subsistiese, que un hombre de tan ponderados talentos pretenda en él que desde la deposicion de Eugenio IV en el concilio de Basilea no ha habido mas que falsos pastores en la Iglesia, porque habiendo sido entonces depuestos este Papa y sus cardenales, solo pudieron sucederles cismáticos y que estos á su vez solo pudieron perpetuar el cisma? ¿Podía Calvino ignorar el estado de abandono y de descrédito universal en que se hallaba el concilio de Basilea cuando depuso á Eugenio? Ignoraba que el mismo antipapa Amadeo, llamado Felix, se sometió al Papa Nicolao, sucesor de Eugenio; y que todas las censuras fueron revocadas de una y otra parte, y

Nicolao reconocido por la Iglesia universal por único y verdadero Pontífice? ¿Se deberá atribuir este error, en que no caeria el mas corto teólogo, á ignorancia, ó á una doblez aun mas odiosa?

El plan de la *Institucion* fué trazado sobre el simbolo de los Apóstoles, que es la mas breve y respetable de todas las confesiones de fé. Así como hay cuatro partes en el simbolo, la primera que trata de Dios Padre y de la creacion; la segunda de Dios Hijo y de la redencion; la tercera del Espíritu Santo, autor de nuestra santificacion; la cuarta de la Iglesia y de los bienes que posee: la *Institucion* tiene del mismo modo cuatro libros, de los cuales cada uno corresponde á cada una de las partes de este simbolo. No intentamos formar acerca de esto una controversia, ni aun un análisis seguido. Despues de cuanto se ha observado ya acerca de los errores de Lutero y de Zuinglio, bastará dar la primera idea de la *Institucion* de Calvino, que es su complemento, y presentar los rasgos que dan á esta obra un carácter particular.

Calvino en su primer libro (1) pretende como Lutero que la Iglesia no es juez de las Escrituras: que no la pertenece ni decidir de su autenticidad, ni determinar su sentido, porque todo esto, dice, está consignado en nuestros corazones por el testimonio del espíritu de Dios. Impugna en él igualmente el culto de las imágenes, con pretesto de que los que las honran, las atribuyen siempre algun poder divino, y que por consecuencia hay supersticion en todos estos cultos. En cuanto al testimonio de las Escrituras, extiende su necesidad hasta la nocion de un Dios Criador; la cual, dice, no puede adquirirla el hombre, ni por el espectáculo admirable del universo, ni por todas sus luces naturales que están oscurecidas por

(1) *Instit. Calvin. edit. 1607. l. 1. p. 12.*

su ignorancia y depravacion. Sin las divinas Escrituras, añade (olvidando á Job y á los demas justos que no vivieron bajo la ley), nadie puede gustar de la sana doctrina (1). Sobre la Trinidad, dice que el Hijo de Dios tiene su esencia por sí mismo; cuyo modo de espresarse no es exacto, bien que ya se le reprende muy justamente el haber dicho en otra parte que el Hijo no es *Dios de Dios*, y el haber vituperado esta espresion, que es del Santo Concilio de Nicéa; por lo que muchos autores han creido que este here-siarca piensa mal del primero de nuestros misterios.

En el segundo libro dice claramente que no reconoce libertad en el hombre culpable de pecado original, y que no podria consentir en que se diese el nombre de libre albedrío á una cosa tan ténue como la esencia de la violencia, resto único de esta facultad (2). «No hay mas en el hombre, añade en términos espesos (3), que ceguedad y corrupcion. La voluntad todavía subsiste; pero cede necesariamente, y sin embargo, sin violencia, pues la voluntad será siempre la que pecará, aunque no pueda abstenerse de pecar, del mismo modo que el demonio hace el mal voluntariamente, aunque no pueda hacer otra cosa que el mal.» Explicando estas palabras: *Jesucristo bajó á los infernos*, se atreve á decir el escandaloso novador que este Hombre-Dios sufrió en su Pasion la pena de los condenados, y que este sentimiento fué el que le obligó á esclamar en la cruz: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?* Véase lo que el espíritu particular de cada uno puede sugerir á los que le han puesto en voga; es decir, la blasfemia, la impiedad mas enorme, y el escándalo horrible que atribuye al mismo Hijo de Dios

(1) *lib. 1, p. 10.*(2) *Lid. 2, p. 63.*(3) *Lib. 2, p. 70 et 71.*

los sentimientos de desesperacion y de ódio á Dios que la pena de los condenados lleva consigo necesariamente.

El tercer libro trata del Espíritu Santo y de sus dones; y el primero de estos dones, segun Calvino, es la seguridad inmutable que tienen de su salvacion todos los verdaderos fieles; los cuales, en su sentir, no son otros que los predestinados, pues la fé, de que supone es siempre inseparable esta seguridad, jamás la tienen los réprobos. «Crean estos tenerla algunas veces, prosigue Calvino; pero nunca tienen mas que la sombra y la apariencia. La fé es, dice con Lutero (1), la que obra la justificacion en el hombre haciéndole participar de la justicia de Jesucristo, que esta fé hace se le impute.» Sobrepujando luego al seductor de Alemania, añade: «esta semilla de vida de tal manera está arraigada en nuestros corazones, que no se pierde ni se altera jamás.» Aquí se vé bien claramente la in-amisibilidad de la justicia: dogma abominable, que dispensa al hombre de todas las obras buenas, de todo deber, de todo cuidado de su salvacion y del bien de la sociedad. El dogmatizador esgrime luego largamente su pluma contra el Sacramento de la Penitencia, contra las satisfacciones, las indulgencias, el purgatorio y la oracion por los muertos, respondiendo con tono de ironía y de blasfemia al ejemplo de Santa Mónica y á la autoridad de San Agustin. Trata en fin de la predestinacion, que atribuye únicamente á la voluntad de Dios, aun para la reprobacion de los hombres; y habla de esto con una dureza que le hace mirar por los teólogos como antilapsario; es decir, que independientemente de la caida del primer hombre, admitia tanto una reprobacion como una predestinacion absoluta,

(1) *Lib. 3, p. 142 et 143.*

y aniquilaba el libre albedrío, aun en el estado mismo de la inocencia (1).

Estos errores son todavía poca cosa en comparacion de los que reunió en el cuarto libro, donde pretende explicar la naturaleza de la Iglesia, sus atributos característicos, su régimen, la autoridad de sus pastores, y sus sacramentos. Los caracteres distintivos de la Iglesia, segun él (2), son la verdadera predicacion del Evangelio y la buena administracion de los sacramentos: indicaciones manifestamente absurdas, por cuanto son mucho mas difíciles de distinguir estos dos objetos que la misma Iglesia que ellos deben darnos á conocer. Astando despues Calvino sus tiros contra la Iglesia romana, dice que esta no es mas que una escuela de idolatría y de impiedad, y que la esencia misma de la doctrina evangélica está aniquilada en ella (3); con lo que el inconsecuente novador arruinaba insensatamente su propia iglesia establecida tan largo tiempo despues de la supuesta destruccion de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Asi en este punto, lo mismo que en otros muchos, se ha visto la reforma precisada á desmentir á su oráculo. Con igual aspereza declama contra la primacia del Papa, contra los diversos órdenes de la gerarquía y del clero, contra la autoridad de los concilios, contra las leyes y las ceremonias eclesiásticas, contra el celibato de los clérigos, los votos de Religion, los sacramentos, á escepcion únicamente del bautismo y de la cena; y en fin, contra la misa y la adoracion de la Eucaristía. En cuanto á la presencia real pone la última mano á la heregia de Zuinglio, y consumó tan perfectamente esta obra de iniquidad, que ha sido tenido despues por gefe y, en muchos parages,

(1) *Lib. 3, p. 251, 254.*(2) *Lib. 4, p. 275.*(3) *Lib. 4, p. 278.*

por autor de los sacramentarios. Dice, sin embargo, que el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre del Señor se nos dan en la Eucaristía, y que se dan á los indignos tan verdaderamente como á los fieles y escogidos: que se hace una comida sustancial y que las almas quedan con este manjar interiormente nutridas (1). Hace todos sus esfuerzos para hallar un medio entre la presencia real de Lutero, con el cual retiene el pan y el vino despues de la consagracion, y el osado Zuinglio que no admitia mas que una simple figura de la Carne y de la Sangre de Jesucristo. Mas como no hay medio entre dos cosas tan contradictorias, cuales son la presencia real de un cuerpo y la simple representacion de este cuerpo realmente ausente, Calvino, con todas sus grandes palabras de participacion sustancial por la fé y de objetos separados conjuntos por la virtud del Espíritu Santo, no ha podido hacer entrar en el espíritu de su discípulos mas que la doctrina de Zuinglio, á la cual en efecto los vemos en el dia absolutamente adheridos.

No parece que la elocuencia de Calvino mudase en nada las disposiciones de Francisco I respecto á los novadores. El parlamento de Paris continuó contra ellos con todo el rigor de sus procedimientos, y señaló particularmente su celo despues de la publicacion de la *Institucion cristiana*. Un apóstata de la orden de San Benito, llamado Juan Miguel, habia pervertido á la ciudad de Sancerre, que vino á ser despues uno de los baluartes de la secta. Pasó luego á Bourges, donde los partidarios del error no dejaron de procurarle un auditorio numeroso. Un dia, en que debia predicar en una iglesia parroquial, acudió á ella el clero para cantar el oficio de difuntos; pero como la masa de las novedades fermentaba ya entre

(1) *Lib. 10 et seq.*

los habitantes, derribaron estos los libros y espulsaron á los eclesiásticos. Presentándose en seguida el predicador empezó con altivez su discurso, suprimió el *Ave María* al fin del exordio, y en lugar de esta oracion acostumbrada recitó la oracion dominical en francés. Un magistrado de Paris, que se hallaba presente, se levantó al momento, y con voz muy clara empezó el *Ave María*, pero no se le dejaron concluir; pues los oyentes se amotinaron, y las mugeres con particularidad se enfurecieron de tal modo, que le hubieran molido á silletazos á no haberse puesto prontamente en fuga. Tratóse de castigar este escándalo, y se procedió contra los culpables; pero estos tuvieron todavia bastante crédito para impedir por largo tiempo la pesquisa. En fin, el sedicioso predicador fué preso y castigado con el último suplicio por el parlamento de Paris (1).

Los otros parlamentos manifestaron la misma adhesion á la fé católica. El de Burdeos en particular mandó hacer informaciones en toda la estension de su distrito, y en esta ocasion fué cuando se inquietó al célebre Julio Scaligero que profesaba la medicina en la ciudad de Agen, una de las mas sospechosas del territorio. Acusáronle de tener en su poder libros prohibidos y de haberse explicado heréticamente acerca de la Eucaristía y del ayuno de Cuaresma; y le fué necesario intervniessen los amigos que tenia en el parlamento de Burdeos para libertarse de la pena que unas espresiones poco medidas pudieran haberle hecho sufrir. Por lo demás, se apresuró á dar pruebas de sincera sumision á la Iglesia, y á lo menos es constante que murió católico (2). Se asegura que los pasages erróneos que se hallan en sus obras han sido interpolados por herejes fal-

(1) Theod. de Beza, *Hist. Eccl.* t. 1.

(2) Possev. in *Apparat.*

sarios. No sucede lo mismo respecto de su hijo José, de menos ingenio, de mas memoria, igualmente docto, satírico, altanero y admirador de sus propias luces. Su propension al calvinismo le hizo abandonar su patria para fijarse en Holanda. Manifestó en la hora de la muerte sentir la ausencia del suelo en que habia nacido, y el deseo de ser enterado en el sepulcro de su padre. Entonces le preguntaron si queria tambien morir en la religion paternal, á lo que no pudo responder sino con lágrimas. Entre los estravíos de Julio Scaligero ó Lescala, los mas ridiculos fueron la pretension que tenia de descender de los antiguos señores de Escala, principes de Verona, y su desenfreno satírico contra Erasmo.

En medio de tantos escándalos se iba formando una sociedad ó compañía que parecia ser destinada por el Señor para enjugar las lágrimas que los herejes hacian derramar á la Iglesia; para procurar especialmente, á lo menos en parte, la decadencia de las sectas, que, destruyendo la libertad del hombre y la virtud de los Sacramentos, arruinaban la basa de las costumbres; para reparar, principalmente por medio de los apóstoles del Nuevo Mundo, las pérdidas que la Iglesia habia sufrido en Europa, y para formar mediante el restablecimiento de la educacion pública, una generacion nueva que pudiese sostener todas estas obras de salvacion.

En el año de 1534, cabalmente en los momentos en que el veneno del luteranismo y el del calvinismo reunidos hicieron su primera irrupcion en Francia por las blasfemias fijadas públicamente en la capital de este reino, Ignacio de Loyola formó su compañía, y aunque español de nacimiento, como la mayor parte de sus primeros discípulos, escogió para cuna de ella esa misma capital, Paris. Ignacio habia nacido en la Vizcaya española, antigua dependencia del reino de Navarra, y hasta la edad de

veintinueve años habia seguido la profesion de las armas, en la que manifestó su rara inteligencia y la firmeza de su valor (1). Habiendo recibido una herida en el sitio de Pamplona, que le estropeó una pierna, y alargándose mucho su curacion, pidió alguna novela para distraerse. Aunque los libros de caballeria eran entonces muy comunes, particularmente en España, no se halló ninguno en aquel momento en el castillo de Loyola á donde el enfermo habia sido trasladado; por lo que en lugar de un romance le llevaron la vida de Jesucristo y las de los Santos. Leyólas como por fuerza, y al principio sin gusto; mas obrando en breve la gracia, halló en aquellos ejemplos algo de mas grande que todo el heroísmo fabuloso de que tenia llena su imaginacion. Despues de algunos momentos de incertidumbre y combates entre la carne y el espíritu, tomó la resolucion, que no mudó jamás, de imitarlos. No le seguiremos á nuestra Señora de Monserrate, á la cueva de Manresa, á las universidades de España y á otros muchos parages donde disfrazado de pobre, acusado de iluso y aun de seductor y hereje, asombró al mundo con todas las escenas que puede presentar la santa locura de la cruz. Pero si los principios de los Santos y los de los hombres que no tienen mas que una piedad ó entusiasmo efímero parecen alguna vez los mismos, la série y el término de sus obras manifiestan bien su diferencia.

En muy poco tiempo hizo Ignacio conocer el carácter de su vocacion por muchas de aquellas grandes acciones que acreditan casi siempre á los Santos. Tal fué entre otras la conversion que hizo en Barcelona de un monasterio de monjas que vivian menos como religiosas que como cortesanas, á quienes el buen olor de sus virtudes

(1) Orland. *Hist. Sociét.* t. 1; Maff. t. 1; Bouth. *Vid. de S. Ign.*

y sus penetrantes palabras hicieron romper inmediatamente todas sus conexiones peligrosas. Convirtió del mismo modo en Alcalá á un eclesiástico, cuya disolucion escandalizaba á toda la Iglesia de España, donde ocupaba una de las primeras dignidades. Habiendo sido despojado en Paris de sus cortos haberes por un amigo pérfido, y sabiendo luego que el ladron habia caido enfermo en Rouen y se hallaba reducido á una extrema miseria, partió inmediatamente para ir á socorrerle, y puso para consolarle todo aquel esmero que parece deberia haber empleado en recobrar sus bienes. Un hombre conocido suyo tenia trato ilícito con una muger que habitaba en una aldea cerca de Paris: Ignacio, despues de muchas exhortaciones inútiles, fué, á pesar de que la estacion era rigorosa, á esperarle en el camino á la orilla de un estanque. Metióse hasta el cuello en el agua medio helada, y cuando le vió cerca, le dijo: «id á revolcaros en vuestros infames placeres; entre tanto sufriré por vos, á fin de suspender la espada de la divina justicia, pronta á descargar sobre vuestra cabeza.» El deshonesto no pudo resistir á una caridad tan asombrosa y volvió atrás penetrado de compuncion. El Santo convirtió tambien á un religioso, revestido del sacerdocio, dedicado al ministerio de la confesion, y sin embargo disoluto en sus costumbres: fué á confesarse con él con sentimientos tan vivos de arrepentimiento, que los introdujo enteramente en el corazon de aquel mal sacerdote. Tales fueron los ensayos del celo de Ignacio, que entonces no era mas que un simple estudiante.

Despues que superó la molestia de sus estudios, los que volvió á comenzar á los treinta años, mas inflamado que nunca del celo de la gloria de Dios y de la salvacion del prójimo, deliberó sobre los medios de trabajar en ella con mas fruto, y resolvió establecer una compañía de hombres apos-